Domingo 18 de setiembre de 1994

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

ROBERTO ARLT Y OTROS SILENCIOS, 5 por Marcos Mayer

EL PAIS VISTO POR TRES HISTORIADORES



SOMOS ARGENTINOS, ¿O NO?

LA IMAGEN Y LA NADA, 8 por Miguel Briante

Aunque millones de hombres han muerto por defenderla, la idea de nación es algo abstracto, cuyo origen y cuyo fin no están claros. Ni siquiera hay acuerdo sobre cómo, en verdad, nació la Nación Argentina. La cuestión es en sí misma apasionante, y conflictos como el de la ex Yugoslavia la hacen tristemente actual. En estos días, además, aparecen dos libros, "Comunidades imaginadas" y "La ira de las naciones", de dos expertos en estudios internacionales como Benedict Anderson y William Pfaff. **Primer Plano** convocó a tres de los más lúcidos historiadores del país, Tulio Halperín Donghi –profesor de la Universidad de Berkeley, California, y autor de "Proyecto y construcción de una nación"–, José Carlos Chiaramonte –profesor de la Universidad de Buenos Aires y autor de "Nacionalismo y liberalismo económico"– y Mariano Plotkin –profesor de la Universidad de Harvard y autor de "Mañana es San Perón"–, para que debatieran sobre el sentimiento nacional, sus orígenes y su eventual ocaso, en un encuentro exclusivo (páginas 2/3/4).

COMO SE INVENTA UNA NACION

Hace poco más de medio siglo, los nacionalismos parecían a punto de gobernar el mundo. Ahora, mientras en algunos lugares del globo la gente mata y muere por cuestiones nacionales, hasta la idea misma de nación está puesta en duda. El Fondo de Cultura Económica acaba de publicar la versión castellana de un ensayo ya clásico de Benedict Anderson, "Comunidades imaginadas", en el que se analizan los procesos que dieron origen a las organizaciones nacionales. Para discutir sobre el libro y, en particular, sobre la aplicación de sus tesis al caso argentino, Primer Plano convocó a tres historiadores de primer nivel: José Carlos Chiaramonte, Tulio Halperín Donghi y Mariano Plotkin. Su debate se reproduce en estas páginas junto con un fragmento del libro de Anderson y un anticipo de "La ira de las naciones", texto de William Pfaff sobre este fenómeno contemporáneo que la editorial Andrés Bello distribuirá en octubre.

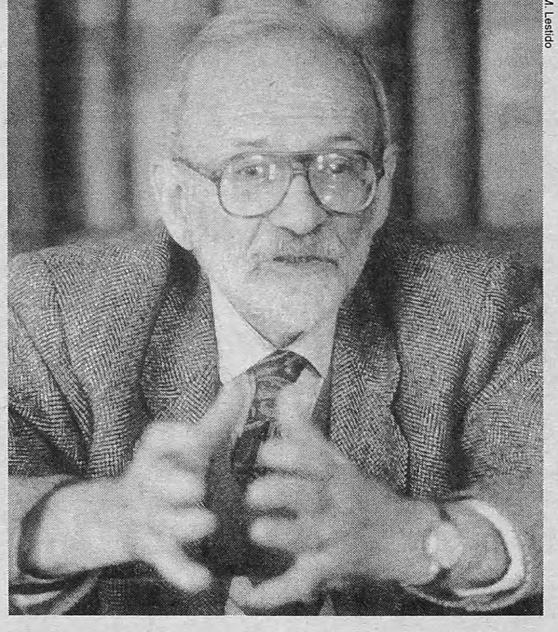
Tomas Eloy Martinez: *Pocos libros han marcado tan a fuego una década como* Comunidades imaginadas *de Benedict Anderson lo hizo con la década del 80. Una extensa galería de obras se ha escrito para ampliar o refutar las tesis de ese libro, que se podrían tal vez resumir en ésta: una nación –dice Anderson– es una comunidad política que se imagina a sí misma como algo limitado y soberano. Querría que ustedes discutieran cómo se proyectan las tesis históricas de Anderson sobre el presente y, en particular, sobre el presente argentino.*

José Carlos Chiaramonte (1): A mí el libro de Anderson no me entusiasma. Lo veo correr con demasiada ligereza por todos los rincones del orbe y por todas las épocas. Y por lo que puedo juzgar, no trabaja con precisión ciertas parcelas de la historia. Me refiero sobre todo a América latina. Su arsenal de conocimientos sobre esta región es tan escandalosamente endeble que lo tiene que confesar ya en el prólogo. Al pobre San Martín lo cita unas doce a quince veces, tal vez porque no tiene otras referencias a mano. Y siempre usa la misma anécdota: recuerda que San Martín convirtió a los indios del Perú en peruanos.

T.E.M.: *En una obra posterior, de 1990, Eric Hobsbawm advierte que lo que tenemos en la cabeza al hablar de nación y nacionalismo es la idea romántica: la nacionalidad fundada en una comunidad cultural, de lenguaje, de raza. Pero aclara que, antes de la Revolución Francesa, el concepto de nación no estaba unido a esos datos. ¿Era así en la Argentina de 1810?*

J.C.C.: Hacia 1815 se lee en *La Gazeta de Buenos Aires*: "Todos sabemos lo que es una nación. Es un conjunto de gente que vive bajo un mismo gobierno y unas mismas leyes". Ese era el concepto dominante. En 1825, en el Congreso Constituyente, el canónigo Juan Ignacio Gorriti hace un muy buen análisis, que uso constantemente como ejemplo. Se discutía si las provincias reunidas en Buenos Aires eran o no nación. El año anterior, los diputados no se habían puesto de acuerdo sobre si se debían nacionalizar o no las rentas públicas, que eran las de la aduana de Buenos Aires. Los de Buenos Aires adujeron que no era posible, porque la nación aún no existía; los de las provincias afirmaban que sí, porque la nación existía desde 1816. Se creó un pequeño escándalo, en el que terció Gorriti. "Aclaremos qué es la nación", dijo. "El concepto se puede entender de dos maneras: o como gente que tiene una misma cultura, una misma religión, un mismo idioma, o como gente que vive bajo un mismo gobierno y una misma ley. En el primer sentido, la de los griegos antiguos era una nación. También lo podría ser América del Sur. Punto. Se acabó el problema. Pero, ¿qué es ser una nación libre?" A partir de esa pregunta, se plantea la idea de que hacer una nación es a la vez hacer un Estado, es decir, algo capaz de negociar, de firmar tratados.

En tal sentido, creo que Hobsbawm tiene razón cuando dice, pensando quizás en el libro de Anderson, que lo nuevo del siglo XIX es la pretensión de las naciones de reflejar una supuesta nacionalidad y la pretensión de las nacionalidades de tener una existencia independiente en forma de Estado.


M. Lesido

T.E.M.: *La idea de que las naciones se constituyen en el nivel de lo imaginario es lo que sigue siendo seductor en el libro de Anderson. Pero, por otro lado, es curioso que Anderson se quite de encima ciertas ideas que contradicen su tesis mediante el simple recurso de citarlas.*

ELEGIR LA NACION. Tulio Halperín Donghi (2): En la idea de comunidad imaginada que trae el libro de Anderson encuentro un aporte que llama la atención: si la nación es algo imaginado, ya no tiene sentido seguir preguntándose hasta qué punto el pasado común es real o no, porque basta con que sea asumido por todos como real. El hecho de que lo imaginario no se oponga a lo real está marcando ya una diferencia. La otra idea, que no está en el libro –me parece– pero que de todos modos le fue atribuida, es la idea de que si la comunidad pertenece al imaginario, es también artificial y voluntaria. Es decir que podríamos elegir nuestra nacionalidad. La conclusión a que se suele llegar es que la nacionalidad crea sentimientos menos peligrosos y más positivos que otras formas de identificación como la raza, por ejemplo.

Lo que en el fondo hace Anderson es introducir una mediación en la visión marxista clásica del surgimiento del Estado nacional como creador de un mercado nacional. Esto, que en líneas generales es válido, se relaciona con el concepto de soberanía. Un país chico e indefenso, por ejemplo, es soberano desde que surge tras la destrucción de comunidades con ambiciones universales, como la Iglesia o el Imperio.

Mariano Plotkin (3): Anderson admite que sus conocimientos sobre América latina no son muy amplios y, sin embargo, no se priva de emitir tesis sobre la región. Creo que, de hecho, todas sus ideas están tomadas del libro de John Lynch sobre las revoluciones en la América hispana.

T.E.M.: *Quizá se podrían aplicar la tesis de Anderson a resolver otras cuestiones más cercanas como, por ejemplo, ¿es la Argentina una nación, hay un Estado? O, como se decía en otros tiempos, ¿tenemos un ser nacional?*

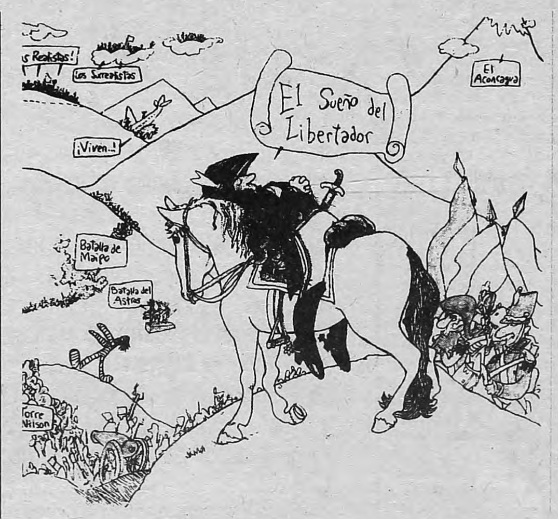
J.C.C.: Es evidente que la Argentina actual comienza en 1853. Hasta ese momento, hasta los protagonistas de la época admiten que no se advierte un sentimiento de nacionalidad o que éste es muy débil. Creo que una nación se forma a través de una serie de decisiones políticas –que a veces asumen el nivel de una lucha armada– y que justifican su existencia apelando a construcciones místicas. Yo formularía la pregunta (si es que ya no ha sido formulada así muchas veces) de este otro modo: si acaso el rasgo nacional más importante de la Argentina no es haber logrado que acá conviva gente de orígenes culturales muy diversos, en vez de obsesionarse por una homogeneidad que nunca –y ahora, menos– se podría alcanzar.

T.E.M.: *Sin embargo, pareciera que hay un contrasentido entre la tolerancia argentina hacia las diversidades culturales y la violencia -casi– con que se tiende a homogeneizar las costumbres, la ropa, el lenguaje. En pocos lugares como en éste, el uso de ciertas palabras, más que de ciertos acentos, establece diferencias de orden social.*

J.C.C.: Eso tiene que ver, creo, con la influencia de los medios de



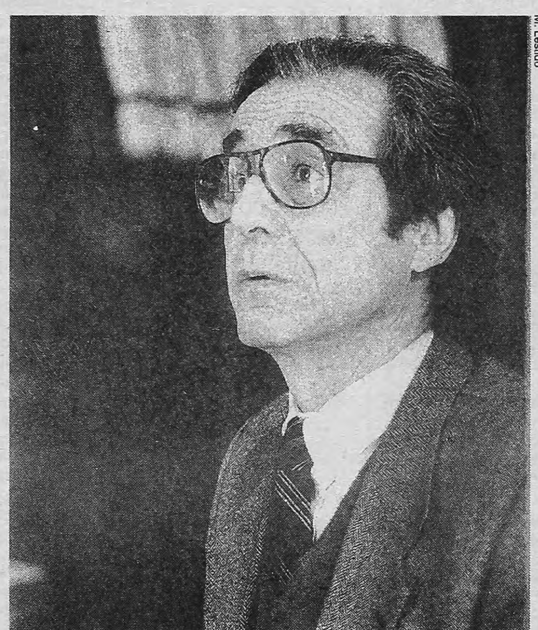
Tulio Halperín Donghi: "Los estados nacionales se están volviendo algo obsoletos. En vez de la hegemonía de un Estado sobre otros, lo que hay en este momento es la hegemonía abstracta del capital."





Estas ilustraciones de Miguel Rep, publicadas en el suplemento Sátira/12 durante 1992 y 1993, serán reunidas en el libro "La grandeza y la chiqueza", que publicará en breve Ediciones de la Flor.

comunicación en épocas más bien recientes. Quisiera tocar otro punto. Un hecho que invalidaría todas las tesis de Anderson es que casi todos los rasgos que, de acuerdo con el patrón romántico, diferencian a una nación de otra –lengua y religión, por ejemplo–, no existen en la América hispana. ¿Qué justifica entonces nuestra existencia como naciones separadas?


M. Lestido

EL SENTIMIENTO AMERICANO. T.H.D.: Que no existe sentimiento nacional es un rasgo común cuando surgen los nacionalismos. Los líderes nacionalistas siempre encuentran que ellos se toman muy a pecho cosas que la mayoría de la gente se niega a tomar a pecho. Según el testimonio de los que quieren países siempre más nacionalistas, en la Argentina o en Italia, por ejemplo, el sentimiento de nacionalidad es muy débil. De modo que ese testimonio no me parece muy importante. Además, hay otro elemento. El nacionalismo de raíz romántica se apoya en un pasado común, que puede ser real o inventado, pero lo que define la nacionalidad es un proyecto de futuro común. Y el equilibrio entre esos dos elementos varía. En la América hispana, la acentuación del proyecto de futuro resuelve –por toda clase de razones– los problemas implícitos en la existencia de raíces nacionales. El problema de las nacionalidades separadas se plantea bastante tarde entre nosotros. Hay un período, a mediados del siglo XIX, en el que todos los países requieren un héroe nacional. Eso produce episodios tan notables como el del Perú, que necesita tener un libertador y que, por un juego semántico, elige al mariscal Ramón Castilla, no porque hubiera liberado al Perú sino porque liberó a los esclavos del Perú y abolió el tributo.

> José Carlos Chiaramonte: "Yo me preguntaría si acaso el rasgo nacional más importante de la Argentina no es haber logrado que acá conviva gente de orígenes culturales muy diversos, en vez de obsesionarse por una homogeneidad que nunca se podría alcanzar."

Ahí vemos cómo se arma una tradición nacional. No es una tradición que hunda sus raíces en el pasado sino, que al contrario, se define por su oposición al pasado.

J.C.C.: Hay un drama que preocupó mucho a la gente de mediados del siglo XIX. Si uno revisa la literatura política de América latina se ve que los autores hablan como americanos y se dirigen a un lector americano. De esto se han extraído algunas consecuencias que, creo, no son correctas: se deduce que, si el sentimiento predominante es americano, debió haber existido una nación americana o hispanoamericana. Y se supone que esa nación fue vetada, vedada por algunos malévolos conspiradores. Creo que, efectivamente, el sentimiento público era americano, pero los pueblos del continente carecían de una experiencia común que pudieran invocar.

Veamos qué pasa con la generación del '37, que pasa por ser el primer planteo de la cuestión nacional argentina. De ahí tomo una prueba que me parece redonda. Si se lee el *Dogma socialista* de Esteban Echeverría, dejando de lado la "Ojeada retrospectiva" que agregó en Montevideo casi diez años después, no se advierte ninguna experiencia argentina que sea invocada como tal. Echeverría habla allí como americano. El *Fragmento preliminar* de Alberdi, que es de la misma época, resulta aun más patético. Dice, en un párrafo que parece escrito por un nacionalista de hoy: "Rechace-

●▶

FRAGMENTO DE "COMUNIDADES IMAGINADAS"

CRIOLLOS DE AVANZADA

BENEDICT ANDERSON

¿Por qué fueron precisamente las comunidades *criollas* las que concibieron en época tan temprana la idea de su nacionalidad, *mucho antes que la mayor parte de Europa*? ¿Por qué produjeron tales provincias coloniales, que de ordinario albergaban grandes poblaciones de oprimidos que no hablaban español, criollos que conscientemente redefinían a estas poblaciones como connacionales? ¿Y a España, a la que estaban ligados en tantos sentidos, como a un enemigo extranjero? ¿Por qué el Imperio hispanoamericano, que había persistido tranquilamente durante casi tres siglos, se fragmentó de repente en 18 Estados distintos?

Los dos factores más comúnmente aducidos en la explicación son el fortalecimiento del control de Madrid y la difusión de las ideas liberalizadoras de la Ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII. No hay duda de que las políticas aplicadas por el competente déspota ilustrado Carlos III (reinó de 1759 a 1788) frustraron, irritaron y alarmaron cada vez más a las clases altas criollas. En lo que se ha llamado a veces irónicamente la segunda conquista de América, Madrid impuso nuevos gravámenes, incrementó la eficiencia de su recaudación, hizo efectivos los monopolios comerciales metropolitanos, restringió el comercio intrahemisférico en su propio provecho, centralizó las jerarquías administrativas y promovió una fuerte inmigración de peninsulares.

Tampoco hay duda de que el mejoramiento de las comunicaciones transatlánticas, y el hecho de que las diversas Américas compartieran lenguas y culturas con sus respectivas metrópolis, imponían una transmisión relativamente rápida y fácil de las nuevas doctrinas económicas y políticas que estaban apareciendo en Europa occidental. El éxito de la rebelión de las Trece Colonias, a fines del decenio de 1770, y el estallido de la Revolución Francesa, a fines del decenio de 1780, ejercieron una influencia poderosa. Nada confirma esta "revolución cultural" en mayor medida que el generalizado *republicanismo* de las comunidades que se independizaban. En ninguna parte, fuera de Brasil, se hacía un intento serio por recrear el principio dinástico en las Américas; incluso en Brasil, es probable que tal recreación no hubiese sido posible sin la inmigración, en 1808, del propio monarca portugués que huía de Napoleón.

Pero la agresividad de Madrid y el espíritu del liberalismo, siendo fundamentales para toda comprensión del impulso de resistencia en las Américas españolas, no explican por sí mismos el hecho de que entidades como Chile, Venezuela y México fuesen posibles en el terreno emocional y viables en el terreno político, ni el hecho de que San Martín decretara que ciertos aborígenes fuesen identificados con el neologismo de "peruanos". En última instancia, tampoco explican los sacrificios que efectivamente se hicieron. Porque si bien es cierto que las clases altas criollas, *consideradas como formaciones sociales históricas*, se beneficiaron inmensamente con la independencia a largo plazo, también lo es que muchos miembros de tales clases que *vivieron* entre 1808 y 1828 se arruinaron en términos financieros. Y un número semejante dio voluntariamente su vida por la causa. Esta disposición al sacrificio de las clases acomodadas debería hacernos reflexionar.

¿Qué concluiremos? El principio de una respuesta se encuentra en el hecho notable de que cada una de las nuevas repúblicas sudamericanas había sido una unidad administrativa desde el siglo XVI hasta el XVIII. En este sentido, presagiaban a los nuevos Estados de Africa y partes de Asia de mediados del siglo XX, y contrastaban marcadamente con los nuevos Estados europeos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. La configuración original de las unidades administrativas americanas era hasta cierto punto arbitraria y fortuita, marcando los límites espaciales de conquistas militares particulares. Pero a través del tiempo desarrollaron una realidad más firme bajo la influencia de factores geográficos, políticos y económicos. La misma vastedad del imperio hispanoamericano, la diversidad enorme de sus suelos y sus climas y, sobre todo, la dificultad inmensa de las comunicaciones en una época preindustrial, tendían a dar a estas unidades un carácter autónomo. (En la época colonial, el viaje por mar de Buenos Aires a Acapulco tardaba cuatro meses, y el viaje de regreso, más aún; el viaje por tierra de Buenos Aires a Santiago duraba normalmente dos meses, y a Cartagena nueve.) Además, las políticas comerciales de Madrid convertían las unidades administrativas en zonas económicas separadas. "Toda competencia con la madre patria estaba prohibida para los americanos, y ni siquiera las partes individuales del continente podían comerciar entre sí. Los productos americanos en ruta de un lado de América al otro tenían que viajar primero a puertos españoles, y la marina mercante española tenía el monopolio del comercio con las colonias –escribe Gerhard Nasur en *Simón Bolívar*–. Estas experiencias ayudan a explicar el hecho de que 'uno de los principios básicos de la revolución americana' fuese el de *uti possidetis*, por el que cada nación habría de conservar la situación territorial de 1810, el año en que se inició el movimiento de independencia", agrega. No hay duda de que su influencia contribuyó a la fragmentación de la efímera Gran Colombia de Bolívar, y de las Provincias Unidas del Río de la Plata en sus antiguas partes constitutivas (que ahora se conocen como Venezuela, Colombia, Ecuador y Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia). Sin embargo, *por sí mismas*, las zonas de mercado, las zonas "naturales" geográficas o político-administrativas no crean adeptos. ¿Quién moriría gustoso por el Comecon o por la CEE?

ANTICIPO DE "LA IRA DE LAS NACIONES"

MIL Y UNA DEFINICIONES

WILLIAM PFAFF

Muchas exposiciones académicas contemporáneas han tratado el nacionalismo como una fuerza que contribuye al desarrollo y modernización de una sociedad política, o han intentado situarlo –sin éxito, a mi juicio– en una concepción progresista o marxista de la evolución histórica, con el objeto de demostrar que es transitorio o prescindible. Liah Greenfeld, de Harvard, arguye que la nacionalidad es fundamentalmente conceptual o ideológica, así como independiente de la etnicidad, y que Estados Unidos constituye el modelo de la modernización: con ello parece subestimar hasta qué punto la identidad nacional americana está hoy en duda, una duda que cuestiona su validez como modelo de nación moderna.

El inglés Ernest Gellner, antropólogo social de Cambridge, dice que el nacionalismo nace de la necesidad de la sociedad moderna de una "educación universal, estandarizada, genérica", resultado de "cierta clase de división del trabajo" característica del mundo moderno, "complejo, pero también en perpetuo y rápido cambio". Como esta forma de educación sólo es posible cuando están vinculados el Estado y la cultura, la sociedad produce dicha vinculación: "En eso consiste el nacionalismo". Las sociedades premodernas, que no logran desarrollar la necesaria identificación entre Estado y cultura, fracasan y son dominadas por sociedades más logradas. Como el conflicto nacionalista deriva de "divisiones sociales creadas por el primer industrialismo y por la disparidad de su difusión", Gellner llega a la conclusión de que tal vez en la sociedad industrial tardía "persista el nacionalismo, aunque en forma más atenuada, menos virulenta". Esto se escribió antes de la caída del comunismo y de los acontecimientos de 1991 y después.

Benedict Anderson, de la Universidad de Cornell, dice que el desarrollo de la imprenta y la estandarización de los idiomas, y el consiguiente surgimiento de literaturas vernáculas escritas, posibilitaron "comunidades imaginarias" mucho más vastas de las que habían existido en la realidad, y que por esta razón se desarrolló la nación moderna, y con ella la conciencia nacional, y al cabo el nacionalismo. La intelligentzia burguesa que surgió de la revolución de la imprenta "invitó a las masas a ingresar en la historia" (una bonita frase, que Anderson toma de otro marxista, Tom Nairn). Sostiene que el surgimiento del nacionalismo ha coincidido con la declinación de la religión como fuerza social, pero las implicaciones de esto llaman a confusión, pues la declinación de las creencias religiosas populares en Europa se produjo a fines del siglo diecinueve y en el veinte, mientras que el nacionalismo cobró fuerza a principios del siglo diecinueve y conserva plena vigencia en las regiones de la Europa oriental y meridional menos afectadas por la incredulidad y las ideas seculares.

En Asia y Africa (sobre las cuales volveré en un capítulo posterior), el nacionalismo casi siempre ha sido patrimonio de las elites secularizadas, con la posible excepción de la India de Gandhi. Los idiomas del "nacionalismo" africano son el inglés y el francés. Por otra parte, el fundamentalismo islámico contemporáneo es más fácil de comprender como reacción contra el fracaso de los movimientos nacionalistas seculares en el Medio Oriente a partir de la década de 1950. Tom Nairn, un escocés, quizá represente a todos los analistas académicos al sostener que el nacionalismo es "una patología". No obstante, lo considera inevitable en la evolución histórica moderna, así como la neurosis es un elemento constitutivo de la evolución personal.

Nada de esto me resulta convincente como explicación del nacionalismo, que no necesita explicaciones complicadas. Sus vínculos con los apegos humanos primordiales –familia, clan, comunidad– parecen obvios. Un canadiense de origen ruso, el novelista y periodista Michael Ignatieff, escribió en el otoño de 1992 acerca de un domingo en la Catedral de San Jorge de Lvov, Ucrania: "...la iglesia está atestada de hombres con la cabeza desnuda y mujeres con pañuelos, de todas las edades, y cuando se unen al coro en el Aleluya, el sonido flota sobre setecientas cabezas como un dosel ondeante. De pie entre hombres y mujeres que no ocultan sentimientos intensos y largamente reprimidos, resulta evidente qué es en verdad el nacionalismo: el sueño de que todas las personas de una nación semejen una congregación, cantando los mismos himnos, escuchando el mismo evangelio, compartiendo las mismas emociones, ligadas no sólo entre sí sino con los muertos sepultados bajo sus pies".

Ernest Renan, el erudito francés del siglo diecinueve, argumentaba que una nación se constituye merced a su "voluntad". Una nación es "un plebiscito cotidiano", "un principio espiritual", "una conciencia moral". Es una comunidad con una memoria común, un pueblo que ha compartido sufrimientos. En una famosa frase de su conferencia "¿Qué es una nación?" (1882), declaró que la "esencia de una nación es que su pueblo tiene mucho en común y ha olvidado mucho". Continuaba: "Es preciso que cada ciudadano francés haya olvidado el Día de San Bartolomé (el asesinato en masa de protestantes en ese día de 1572) y las matanzas del siglo trece en el Mediodía (de herejes albigenses, a manos de la Inquisición)". Es decir, para que medre la nación francesa, sus ciudadanos deben olvidar acontecimientos que los han dividido.

Quizá la definición más práctica de una nación sea la de ese eminente estudioso contemporáneo del nacionalismo, el difunto Hugh Seton-Watson, y se parece a la de Renan. Seton-Watson escribió que al cabo de una vida de estudios llegaba "a la conclusión de que no se puede elaborar ninguna `definición científica' de una nación; no obstante, el fenómeno ha existido y existe. Sólo puedo decir que una nación existe cuando una cantidad significativa de gente de una comunidad considera que forma una nación, o se comporta como si la formara. No es necesario que toda la población sienta así o se comporte así, y no es posible establecer dogmáticamente una proporción mínima de pobladores que reaccionen de esta manera. Cuando un grupo significativo profesa esta creencia, posee `conciencia nacional'".



mos todo lo exótico. Nada que no sea nuestro nos sirve. Debemos construir un arte americano, una política americana", etcétera. Lo que hace la generación del 37, entonces, es afirmar que para ser una nación hay que crear primero una nacionalidad. Así está dicho, literalmente, en Alberdi.

SER DIFERENTE.

T.H.D.: En el caso del primer *Dogma socialista* y en el del párrafo de Alberdi, las afirmaciones se hacen, obviamente, dentro de un marco argentino. No hay ninguna duda. Eso no es el marco americano. Al mismo tiempo, hay que señalar que cuando se dice americano se quiere decir no europeo. Es una caracterización más negativa que positiva.

J.C.C.: Pero la palabra que se usa es americano.

T.H.D.: Desde luego. Pero eso no significa que se ambicione crear una nacionalidad americana. Lo único que hay detrás es la sugerencia de que cualquier construcción política debe basarse en realidades concretas y locales.

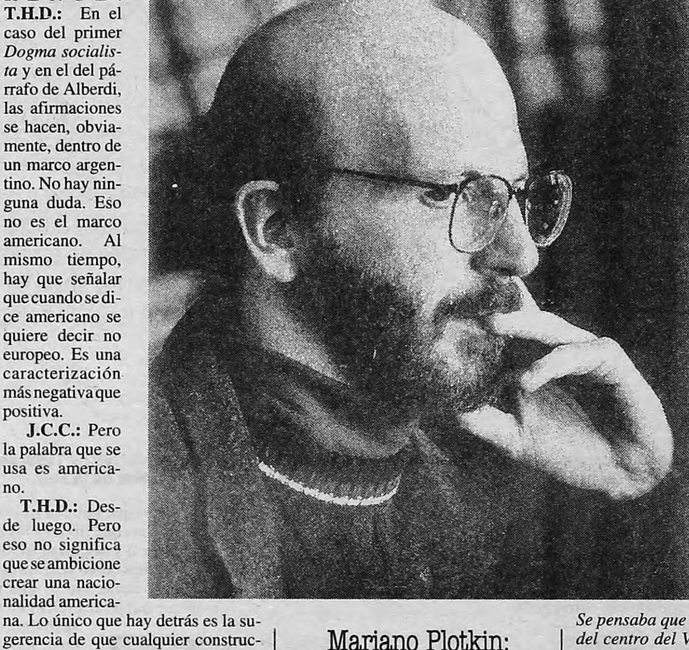
J.C.C.: Lo que ellos quieren es crear la nacionalidad argentina, no la americana.

T.H.D.: Desde luego.

J.C.C.: Pero el problema es que su lenguaje no tiene expresiones que remitan a una experiencia colectiva llamada Argentina.

T.H.D.: No estoy de acuerdo. Creo que la generación del 37 logra expresar con bastante claridad a qué se está refiriendo. Se refiere al drama político argentino, no americano. El hecho de que se use la palabra americano tiene que ver, insisto, con la tentativa de utilizar, como positivo, el carácter no europeo de América. En el fondo, americano significa algo más que hispanoamericano. Y ser más que hispanoamericano -en el caso de Alberdi, sobre todo– es una referencia negativa, porque alude a una experiencia que no es la de Europa.

J.C.C.: Hay algo interesante en todo esto, más allá del uso de palabras como imaginación, invención, etcétera. Se trata de que la existencia de una nación es un proceso de construcción: de construcción política, no sólo al nivel del imaginario. En ese sentido es útil recordar (aunque se trata de algo de lo que yo he abusado ya) que la palabra argentino, en 1810, significaba porteño.



M. Lestido

T.H.D.: La palabra argentino quería decir entonces, como quiere decir ahora, rioplatense.

J.C.C.: Eso está aclarado textualmente en el Congreso de 1824/1827: rioplatenses que viven junto al Río de la Plata. Sólo en boca de porteños tenía una proyección territorial más amplia, porque ellos concebían –como se lee ya en *El telégrafo mercantil* desde 1801– que todo el territorio del Virreynato era una dependencia de Buenos Aires.

T.E.M.: *En la periferia, en Tucumán, se veían las cosas de otra manera. Se pensaba que los naturales de allí, del centro del Virreynato, eran más rioplatenses que nadie. El Río de la Plata estaba lejos, pero en el interior se suponía que quienes poblaban esa región era gente de paso, no asentada, advenedizos que habían llegado, como se decía entonces, "en las bodegas de los barcos". Por oposición al "desierto" de Buenos Aires, la Córdoba del Tucumán y la Salta del Tucumán se imaginaban a sí mismas como el núcleo de una irradiación cultural vasta, cuyos ejes estaban en universidades como las de Córdoba, Charcas y Chuquisaca.*

J.C.C.: No. Los provincianos no registran esas palabras como algo propio. Cuando Sarmiento y su grupo fundan *El Zonda* en 1839, el primer nombre que se propone para el diario es *El Patriota Argentino*. Lo rechazan porque la palabra patriota ha sido muy manoseada, pero también porque no les parece un título sanjuanino. Medio siglo después, a nadie se

Mariano Plotkin: "Es interesante discutir ahora el tema del estado como agente generador de naciones y de nacionalidades, sobre todo a partir del tema de la educación, la alfabetización y la homogeneización de la lengua".

ANTICIPO DE "LA IRA DE LAS NACIONES"

MIL Y UNA DEFINICIONES

WILLIAM PFAFF

Muchas exposiciones académicas contemporáneas han tratado el nacionalismo como una fuerza que contribuye al desarrollo y modernización de una sociedad política, o han intentado situarlo –sin éxito, a mi juicio– en una concepción progresista o marxista de la evolución histórica, con el objeto de demostrar que es transitorio o prescindible. Liah Greenfeld, de Harvard, arguye que la nacionalidad es fundamentalmente conceptual o ideológica, así como independiente de la etnicidad, y que Estados Unidos constituye el modelo de la modernización: con ello parece subestimar hasta qué punto la identidad nacional americana está hoy en duda, una duda que cuestiona su validez como modelo de nación moderna.

El inglés Ernest Gellner, antropólogo social de Cambridge, dice que el nacionalismo nace de la necesidad de la sociedad moderna de una "educación universal, estandarizada, genérica", resultado de "cierta clase de división del trabajo" característica del mundo moderno, "complejo, pero también en perpetuo y rápido cambio". Como esta forma de educación sólo es posible cuando están vinculados el Estado y la cultura, la sociedad produce dicha vinculación: "En eso consiste el nacionalismo". Las sociedades premodernas, que no logran desarrollar la necesaria identificación entre Estado y cultura, fracasan y son dominadas por sociedades más logradas. Como el conflicto nacionalista deriva de "divisiones sociales creadas por el primer industrialismo y por la disparidad de su difusión", Gellner llega a la conclusión de que tal vez en la sociedad industrial tardía "persista el nacionalismo, aunque en forma más atenuada, menos virulenta". Esto se escribió antes de la caída del comunismo y de los acontecimientos de 1991 y después.

Benedict Anderson, de la Universidad de Cornell, dice que el desarrollo de la imprenta y la estandarización de los idiomas, y el consiguiente surgimiento de literaturas vernáculas escritas, posibilitaron "comunidades imaginarias" mucho más vastas de las que habían existido en la realidad, y que por esta razón se desarrolló la nación moderna, y con ella la conciencia nacional, y al cabo el nacionalismo. La intelligentzia burguesa que surgió de la revolución de la imprenta "invitó a las masas a ingresar en la historia" (una bonita frase, que Anderson toma de otro marxista, Tom Nairn). Sostiene que el surgimiento del nacionalismo ha coincidido con la declinación de la religión como fuerza social, pero las implicaciones de esto llaman a confusión, pues la declinación de las creencias religiosas populares en Europa se produjo a fines del siglo diecinueve y en el veinte, mientras que el nacionalismo cobró fuerza a principios del siglo diecinueve y conserva plena vigencia en las regiones de la Europa oriental y meridional menos afectadas por la incredulidad y las ideas seculares.

En Asia y Africa (sobre las cuales volveré en un capítulo posterior), el nacionalismo casi siempre ha sido patrimonio de las elites secularizadas, con la posible excepción de la India de Gandhi. Los idiomas del "nacionalismo" africano son el inglés y el francés. Por otra parte, el fundamentalismo islámico contemporáneo es más fácil de comprender como reacción contra el fracaso de los movimientos nacionalistas seculares en el Medio Oriente a partir de la década de 1950. Tom Nairn, un escocés, quizá represente a todos los analistas académicos al sostener que el nacionalismo es "una patología". No obstante, lo considera inevitable en la evolución histórica moderna, así como la neurosis es un elemento constitutivo de la evolución personal.

Nada de esto me resulta convincente como explicación del nacionalismo, que no necesita explicaciones complicadas. Sus vínculos con los apegos humanos primordiales –familia, clan, comunidad– parecen obvios. Un canadiense de origen ruso, el novelista y periodista Michael Ignatieff, escribió en el otoño de 1992 acerca de un domingo en la Catedral de San Jorge de Lvov, Ucrania: "...la iglesia está atestada de hombres con la cabeza desnuda y mujeres con pañuelos, de todas las edades, y cuando se unen al coro en el Aleluya, el sonido flota sobre setecientas cabezas como un dosel ondeante. De pie entre hombres y mujeres que no ocultan sentimientos intensos y largamente reprimidos, resulta evidente qué es en verdad el nacionalismo: el sueño de que todas las personas de una nación semejen una congregación, cantando los mismos himnos, escuchando el mismo evangelio, compartiendo las mismas emociones, ligadas no sólo entre sí sino con los muertos sepultados bajo sus pies".

Ernest Renan, el erudito francés del siglo diecinueve, argumentaba que una nación se constituye merced a su "voluntad". Una nación es "un plebiscito cotidiano", "un principio espiritual", "una conciencia moral". Es una comunidad con una memoria común, un pueblo que ha compartido sufrimientos. En una famosa frase de su conferencia "¿Qué es una nación?" (1882), declaró que la "esencia de una nación es que su pueblo tiene mucho en común y ha olvidado mucho". Continuaba: "Es preciso que cada ciudadano francés haya olvidado el Día de San Bartolomé (el asesinato en masa de protestantes en ese día de 1572) y las matanzas del siglo trece en el Mediodía (de herejes albigenses, a manos de la Inquisición)". Es decir, para que medre la nación francesa, sus ciudadanos deben olvidar acontecimientos que los han dividido.

Quizá la definición más práctica de una nación sea la de ese eminente estudioso contemporáneo del nacionalismo, el difunto Hugh Seton-Watson, y se parece a la de Renan. Seton-Watson escribió que al cabo de una vida de estudios llegaba "a la conclusión de que no se puede elaborar ninguna 'definición científica' de una nación; no obstante, el fenómeno ha existido y existe. Sólo puedo decir que una nación existe cuando una cantidad significativa de gente de una comunidad considera que forma una nación, o se comporta como si la formara. No es necesario que toda la población sienta así o se comporte así, y no es posible establecer dogmáticamente una proporción mínima de pobladores que reaccionen de esta manera. Cuando un grupo significativo profesa esta creencia, posee 'conciencia nacional'".

mos todo lo exótico. Nada que no sea nuestro nos sirve. Debemos construir un arte americano, una política americana", etcétera. Lo que hace la generación del 37, entonces, es afirmar que para ser una nación hay que crear primero una nacionalidad. Así está dicho, literalmente, en Alberdi.

SER DIFERENTE. T.H.D.: En el caso del primer *Dogma socialista* y en el del párrafo de Alberdi, las afirmaciones se hacen, obviamente, dentro de un marco argentino. No hay ninguna duda. Eso no es el marco americano. Al mismo tiempo, hay que señalar que cuando se dice americano se quiere decir no europeo. Es una caracterización más negativa que positiva.

J.C.C.: Pero la palabra que se usa es americano.

T.H.D.: Desde luego. Pero eso no significa que se ambicione crear una nacionalidad americana. Lo único que hay detrás es la sugerencia de que cualquier construcción política debe basarse en realidades concretas y locales.

J.C.C.: Lo que ellos quieren es crear la nacionalidad argentina, no la americana.

T.H.D.: Desde luego.

J.C.C.: Pero el problema es que su lenguaje no tiene expresiones que remitan a una experiencia colectiva llamada Argentina.

T.H.D.: No estoy de acuerdo. Creo que la generación del 37 logra expresar con bastante claridad a qué se está refiriendo. Se refiere al drama político argentino, no americano. El hecho de que se use la palabra americano tiene que ver, insisto, con la tentativa de utilizar, como positivo, el carácter no europeo de América. En el fondo, americano significa algo más que hispanoamericano. Y ser más que hispanoamericano -en el caso de Alberdi, sobre todo– es una referencia negativa, porque alude a una experiencia que no es la de Europa.

J.C.C.: Hay algo interesante en todo esto, más allá del uso de palabras como imaginación, invención, etcétera. Se trata de que la existencia de una nación es un proceso de construcción: de construcción política, no sólo al nivel del imaginario. En ese sentido es útil recordar (aunque se trata de algo de lo que yo he abusado ya) que la palabra argentino, en 1810, significaba porteño.

M. Lestido

T.H.D.: La palabra argentino quería decir entonces, como quiere decir ahora, rioplatense.

J.C.C.: Eso está aclarado textualmente en el Congreso de 1824/1827: rioplatenses que viven junto al Río de la Plata. Sólo en boca de porteños tenía una proyección territorial más amplia, porque ellos concebían –como se lee ya en *El telégrafo mercantil* desde 1801– que todo el territorio del Virreynato era una dependencia de Buenos Aires.

T.E.M.: *En la periferia, en Tucumán, se veían las cosas de otra manera. Se pensaba que los naturales de allí, del centro del Virreynato, eran más rioplatenses que nadie. El Río de la Plata estaba lejos, pero en el interior se suponía que quienes poblaban esa región era gente de paso, no asentada, advenedizos que habían llegado, como se decía entonces, "en las bodegas de los barcos". Por oposición al "desierto" de Buenos Aires, la Córdoba del Tucumán y la Salta del Tucumán se imaginaban a sí mismas como el núcleo de una irradiación cultural vasta, cuyos ejes estaban en universidades como las de Córdoba, Charcas y Chuquisaca.*

J.C.C.: No. Los provincianos no registran esas palabras como algo propio. Cuando Sarmiento y su grupo fundan *El Zonda* en 1839, el primer nombre que se propone para el diario es *El Patriota Argentino*. Lo rechazan porque la palabra patriota ha sido muy manoseada, pero también porque no les parece un título sanjuanino. Medio siglo después, a nadie se le ocurriría pensar que "argentino" no es un título sanjuanino.

SER SOBERANO. T.H.D.: No veo la riqueza de significado que Chiaramonte ve en esa anécdota. Es cierto que la palabra "argentino" fue, en el fondo, un invento de Vicente López y Planes, que la puso en el Himno Nacional. Y el Himno se cantaba no sólo en Buenos Aires.

M.P.: Me parece interesante discutir ahora el tema del Estado como agente generador de naciones y de nacionalidades, sobre todo a partir del tema de la educación, de la alfabetización y de la homogeneización de la lengua.

T.H.D.: Nuestras naciones fueron creadas porque los estados las necesitaban, y eso tiene que ver también con la creación de los héroes nacionales. La Argentina empezó por repatriar los restos de Rivadavia. Lo trajo en el momento de pleno conflicto entre Buenos Aires y la Confederación. Esa repatriación del primer presidente argentino representa la ambición de Buenos Aires de –con ese héroe fundador, diríamos– gobernar el país. Luego se trajo a San Martín, en el momento en que necesitábamos un héroe que estuviera por encima de los partidos.

T.E.M.: *Habría que interpretar también el movimiento reciente de otros cadáveres, como el de Rosas, que fue desplazado desde Southampton, o el de Alberdi, que fue llevado a Tucumán en vísperas de elecciones.*

T.H.D.: Creo que en la creación de un pasado nacional hay también un mito político. En México, por ejemplo, el hecho de que se exalte el pasado prehispánico demuestra que ganó la revolución. La idea de que el pueblo, la masa popular, es la base de la nacionalidad, es una idea que viene de las revoluciones democráticas.

J.C.C.: El problema número uno de toda Hispanoamérica es cómo construir un orden social que tenga una apariencia de legitimidad. Y eso nos lleva muy atrás, porque las primeras formas soberanas en este continente no son –como supone Anderson, y ése es uno de los grandes errores de su libro– las naciones. Son las ciudades. Y a veces, aunque más tardíamente, las provincias.

En la Constitución venezolana de 1811, que es la primera Constitución de América latina, hay un artículo muy útil, en el que el autor no se atrevió a escribir la palabra nación ni la palabra Estado. Dice así: "Una soberanía es un conjunto de gente que vive bajo un mismo gobierno y unas mismas leyes". Ese artículo es valioso porque, primero, resume la definición de la palabra nación que había en esa época, y luego porque, al no atreverse a poner ni nación ni Estado, escribe "soberanía". En el Río de la Plata es muy claro que las entidades soberanas son las ciudades, los pueblos sobre los cuales ha recaído la soberanía perdida por el monarca español.

Aquí, una vez más, hay que volver a Ernest Renan, cuyas ideas son los cimientos del libro de Anderson. Renan decía que las naciones son entidades que no existieron siempre y que tampoco van a existir para siempre. Son construcciones históricas. Es posible, dice Renan, que en el siglo próximo (es decir, en este siglo, el siglo XX), Europa se convierta en una confederación. ¿No es notable?

T.H.D.: Los estados nacionales se están volviendo, en efecto, algo obsoleto. En vez de la hegemonía de un Estado sobre otros, lo que hay en este momento es la hegemonía abstracta del capital. Y el Estado norteamericano se ha transformado en una de las primeras víctimas de esa hegemonía.

(1) Profesor de la Universidad de Buenos Aires. Autor de *Nacionalismo y liberalismo económico, 1860-1880.*

(2) Profesor de la Universidad de Berkeley, California. Autor de *Revolución y guerra* y de *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1864-1880).*

(3) Profesor de la Universidad de Harvard. Autor de *Mañana es San Perón.*

Mariano Plotkin: "Es interesante discutir ahora el tema del estado como agente generador de naciones y de nacionalidades, sobre todo a partir del tema de la educación, la alfabetización y la homogeneización de la lengua".

VAMOS A PROCEDER A LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA, PERO ANTES PASARÉ LISTA A LOS CONGRESALES: FRAY JUSTO SANTA MARÍA DE ORO...
¡EL QUE ME LIMPIA EL INODORO!
JUA JUA
MARIANO BOEDO...
EN SU NARIZ LE CABEN TRES DEDOS!
JUA JUA
...PACHECO DE MELO...
¡SE FUE A UN TELO!
JUA JUA JUA
J. M. MEDRANO...
¡APRÁMELA CON LA MANO!
JUA JUA JUA
¡BASTA DE PULLAS, SEÑORES, O RENUNCIO YA MISMO A LA PRESIDENCIA!
DALE, QUÉ VAS A RENUNCIAR, LAPRIDA, CON LA VOCACIÓN DE CUADERNOS Y REPUESTOS QUE TENÉS !!!
RÉP

SE PUBLICA UN VOLUMEN DE AGUAFUERTES PORTEÑAS INEDITAS

ARLT Y OTROS SILENCIOS

MARCOS MAYER

Con selección y prólogo de Sylvia Saítta, Losada acaba de publicar "Aguafuertes porteñas: cultura y política", colección de columnas publicadas por Roberto Arlt en el diario "El Mundo" durante la década del 30, nunca antes reunidas en libros. Cuando el autor de "El juguete rabioso" parece haber quedado fuera de moda en la literatura nacional, estas aguafuertes lo rescatan como un clásico con visión política de las letras.





En una literatura como la argentina no abundan los clásicos. A la hora de citarlos, la memoria sólo trae unos pocos nombres: Domingo Sarmiento y José Hernández en el siglo XIX; Jorge Luis Borges y Roberto Arlt en el XX, seguidos de un breve panteón que algunos aspiran a colocar en ese lugar: Lucio Mansilla, Macedonio Fernández, Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal. Y esos clásicos provisorios sufren el constante episodio de las relecturas que van colocando a unos y otros en el centro de los intereses y las polémicas. Con Arlt hubo dos episodios de relectura: uno a principios de los 60, a través de los integrantes de la revista *Contorno*, en especial Oscar Massotta y David Viñas, que lo rescataron del olvido, y otro a fines de los 70, con Ricardo Piglia, que intentaba redefinir el papel de Arlt en la literatura argentina enfrentándolo a Borges.

Cada una de estas relecturas revela ciertas utilidades –si esta palabra no resulta un tanto irritante al hablar de literatura– que suelen tener los clásicos. Por un lado, proponer rumbos tanto estéticos como temáticos, por el otro definir y avalar actitudes de escritores. Líneas estéticas y políticas, para resumir. Los clásicos del siglo XX, como lo son Borges y Arlt, sirven también de banderas, como surge de la lectura de Viñas que elige a Arlt en los sesenta en medio de la polémica entre vanguardia y compromiso o de la de Piglia en su "Homenaje a Roberto Arlt" –que incluye un relato apócrifo, "Luba", atribuido al autor de *Los siete locos*– que lo consagra como el escritor moderno por antonomasia. Sin embargo, el procedimiento del homenaje de Piglia debe mucho a los habituales procedimientos borgeanos: la atribución errónea, la crítica literaria cuyos pasos siguen los de una investigación policial, la reivindicación manifiesta del plagio también entendido como homenaje. Con lo cual esta oposición entre Borges y Arlt, que retoma y amplía Piglia a partir de las lecturas de Massotta, queda imbricada en un punto que merece ser interrogado. Si bien no cabe duda, y el homenaje de Piglia a Arlt es una muestra más de esto, de que la escritura borgeana ha tenido descendencia, que ha sido productiva, es más difícil encontrar un efecto similar a partir de Arlt. Para decirlo de otra manera ¿quiénes son los escritores arltianos después de Arlt? Y el único que aparece en esa línea, más allá de momentos que pueden leerse en Viñas o en Piglia, es el Sabato de *Sobre héroes y tumbas* y en menor medida el de *El túnel*.

Esto no habla ni a favor ni en contra de Arlt, pero dice mucho de su escritura. Arlt no es un escritor político en el sentido en que se puede decir de Borges, aunque las declaraciones de este último puedan convertir esto en un contrasentido. No hay en Arlt, a diferencia de lo que ocurre en Borges, un proyecto literario que implique un uso de la lengua, un método narrativo y una reflexión sobre la literatura y su relación con el mundo, más allá del demasiado repetido y citado a ciegas "cross a la mandíbula" del prólogo de *Los lanzallamas*, que es más una actitud que un programa. Algo que puede verse en las oscilaciones de Arlt sobre el género a utilizar, primero en el interior de *El juguete rabioso* que vacila entre ser una novela picaresca, un relato autobiográfico o un folletín a la usanza del siglo XIX y luego en el abandono de la narrativa a favor del teatro de los últimos años de su vida.

En el contexto de estas cuestiones, y en el momento en que Arlt parece quedar fuera de toda las discusiones, la aparición de *Aguafuertes porteñas: cultura y política*, que recoge escritos que hasta ahora no habían aparecido nunca en libro, es un aporte interesante si se pretende no caer en la trampa arqueológica de leer estos textos como si pertenecieran al pasado y estuvieran definitivamente enterrados junto a las coyunturas que les dieron nacimiento. Astutamente organizados por la compiladora –la investigadora Sylvia Saítta– estas aguafuertes publicadas en el diario *El Mundo* mayoritariamente durante la década del 30 ponen en evidencia dos movimientos arltianos. Por una parte, la incorporación de la realidad a un estilo narrativo, por otra, la reivindicación de aquellas producciones literarias donde desaparece el artificio y predomina "la sinceridad".

Un doble juego que le permite construir toda una serie de tipos en torno de las reacciones frente al golpe militar de 1930 (la estética realista organiza el mundo) y a la vez reivindicar a Charles Chaplin ("Yo creo que el maravilloso arte de Chaplin consiste en continuar siendo hombre en la pantalla") y al teatro de Discépolo sobre la base de que devuelve la imagen de aquello que ya conocemos. En Arlt, que ha merodeado lo fantástico, tanto en sus cuentos como en las obras de teatro, lo real es una preocupación permanente que se hace más manifiesta en las aguafuertes donde se articulan literatura y periodismo. Por eso la constante referencia en esta selección de aguafuertes y también en otras publicadas anteriormente al lenguaje que se usa y que se escribe. El realismo de Roberto Arlt es una operación compleja, porque el mismo ritmo de la producción diaria marca que el interés por la realidad inmediata es insuficiente y poco productivo. Las aguafuertes de Arlt revelan un aspecto de su tiempo que las novelas pretenden conjurar: el aburrimiento. Lo fantástico para salir de allí, pero también la diversificación de lo uniforme y la mirada que pueda llegar a diferenciar entre lo que aparece como repetido.

Si en las novelas y las obras de teatro eran el crimen y la traición aquellas actitudes que podían romper la monotonía del transcurrir del tiempo (Astier, en *El juguete rabioso*, vive en la exasperación de esta búsqueda, un estado de ánimo que convierte a este texto en el más apasionante de los escritos por Arlt), en el ejercicio del periodismo hay que encontrar una mirada que, de alguna manera, traicione la imagen del mundo que transmiten los diarios. Uno de los rasgos de esa mirada es la separación de las aguafuertes del resto del periódico, ya sea por la inclusión permanente de una primera persona activa (el escenario es casi constantemente la calle y su gente a los que se convierte en personajes a través de una muletilla que no cesa de repetirse: "Me interesa"), o bien por el establecimiento de una relación personal con los lectores cuyas cartas son un constante tema de sus columnas. El otro rasgo es inherente al ejercicio del periodismo: hay que escribir siempre. También hay aguafuertes que hablan de esta presión y la vida del periodista es también la aventura de un tipo que debe llenar todos los días una columna.

Doble juego: la literatura es juzgada desde la vida y la vida es comprendida a partir de la ficción. Con lo cual las fronteras no desaparecen como tales pero logran confundirse y cada vez más –la elección del teatro expresionista por sobre la literatura mucho tiene que ver con esto– se entremezclan con esos tipos que están atrapados entre dos riesgos. O bien imponerse como lugar común, con lo que su utilidad literaria se desvanece o sino alejarse definitivamente de toda cercanía con la realidad con lo cual su productividad se resuelve en un solo texto. De allí que Arlt no puede repetirse: los pasos entre novela y novela y de allí a la producción dramática implican siempre un cambio, una experimentación que se vincula con la imagen de esos inventores fracasados que pueblan sus obras. Arlt tiene mucho de ese escritor fracasado al que se desprecia en el cuento que lleva ese nombre y que no escribe por no saber qué rumbo tomar. Arlt no para de escribir pero sigue sin rumbo; vive anunciando proyectos, pero no puede, en definitiva, formular uno. De allí que su literatura esté rodeada de un ruido para el cual el periodismo es una imagen adecuada: la del movimiento perpetuo y dificultoso por hallar la vía que mantenga ese estado de indefinición entre realidad y ficción.

Puede pensarse, entonces, que ese ruido, esa tensión hacen también que la literatura de Arlt, que fue releída cuando esas tensiones y barullos eran un deseo social, esté hoy un tanto abandonada en el lugar de los clásicos con gloria y sin destino. Alguna vez Borges, el supuesto antagonista de esta historia de reivindicaciones y olvidos que es la literatura argentina, dijo que podía saber cómo era una época a partir de los libros que allí se leían. El silencio sobre Arlt dice mucho de algunos otros silencios.



le ocurriría pensar que "argentino" no es un título sanjuanino.

SER SOBERANO. T.H.D.: No veo la riqueza de significado que Chiaramonte ve en esa anécdota. Es cierto que la palabra "argentino" fue, en el fondo, un invento de Vicente López y Planes, que la puso en el Himno Nacional. Y el Himno se cantaba no sólo en Buenos Aires.

M.P.: Me parece interesante discutir ahora el tema del Estado como agente generador de naciones y de nacionalidades, sobre todo a partir del tema de la educación, de la alfabetización y de la homogeneización de la lengua.

T.H.D.: Nuestras naciones fueron creadas porque los estados las necesitaban, y eso tiene que ver también con la creación de los héroes nacionales. La Argentina empezó por repatriar los restos de Rivadavia. Lo trajo en el momento de pleno conflicto entre Buenos Aires y la Confederación. Esa repatriación del primer presidente argentino representa la ambición de Buenos Aires de –con ese héroe fundador, diríamos– gobernar el país. Luego se trajo a San Martín, en el momento en que necesitábamos un héroe que estuviera por encima de los partidos.

T.E.M.: *Habría que interpretar también el movimiento reciente de otros cadáveres, como el de Rosas, que fue desplazado desde Southampton, o el de Alberdi, que fue llevado a Tucumán en vísperas de elecciones.*

T.H.D.: Creo que en la creación de un pasado nacional hay también un mito político. En México, por ejemplo, el hecho de que se exalte el pasado prehispánico demuestra que ganó la revolución. La idea de que el pueblo, la masa popular, es la base de la nacionalidad, es una idea que viene de las revoluciones democráticas.

J.C.C.: El problema número uno de toda Hispanoamérica es cómo construir un orden social que tenga una apariencia de legitimidad. Y eso nos lleva muy atrás, porque las primeras formas soberanas en este continente no son –como supone Anderson, y ése es uno de los grandes errores de su libro– las naciones. Son las ciudades. Y a veces, aunque más tardíamente, las provincias.

En la Constitución venezolana de 1811, que es la primera Constitución de América latina, hay un artículo muy útil, en el que el autor no se atrevió a escribir la palabra nación ni la palabra Estado. Dice así: "Una soberanía es un conjunto de gente que vive bajo un mismo gobierno y unas mismas leyes". Ese artículo es valioso porque, primero, resume la definición de la palabra nación que había en esa época, y luego porque, al no atreverse a poner ni nación ni Estado, escribe "soberanía". En el Río de la Plata es muy claro que las entidades soberanas son las ciudades, los pueblos sobre los cuales ha recaído la soberanía perdida por el monarca español.

Aquí, una vez más, hay que volver a Ernest Renan, cuyas ideas son los cimientos del libro de Anderson. Renan decía que las naciones son entidades que no existieron siempre y que tampoco van a existir para siempre. Son construcciones históricas. Es posible, dice Renan, que en el siglo próximo (es decir, en este siglo, el siglo XX), Europa se convierta en una confederación. ¿No es notable?

T.H.D.: Los estados nacionales se están volviendo, en efecto, algo obsoleto. En vez de la hegemonía de un Estado sobre otros, lo que hay en este momento es la hegemonía abstracta del capital. Y el Estado norteamericano se ha transformado en una de las primeras víctimas de esa hegemonía.

(1) Profesor de la Universidad de Buenos Aires. Autor de *Nacionalismo y liberalismo económico, 1860-1880.*

(2) Profesor de la Universidad de Berkeley, California. Autor de *Revolución y guerra* y de *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1864-1880).*

(3) Profesor de la Universidad de Harvard. Autor de *Mañana es San Perón.*

ARLT Y OTROS SILENCIOS

MARCOS MAYER

Con selección y prólogo de Sylvia Saítta, Losada acaba de publicar "Aguafuertes porteñas: cultura y política", colección de columnas publicadas por Roberto Arlt en el diario "El Mundo" durante la década del 30, nunca antes reunidas en libros. Cuando el autor de "El juguete rabioso" parece haber quedado fuera de moda en la literatura nacional, estas aguafuertes lo rescatan como un clásico con visión política de las letras.

En una literatura como la argentina no abundan los clásicos. A la hora de citarlos, la memoria sólo trae unos pocos nombres: Domingo Sarmiento y José Hernández en el siglo XIX; Jorge Luis Borges y Roberto Arlt en el XX, seguidos de un breve panteón que algunos aspiran a colocar en ese lugar: Lucio Mansilla, Macedonio Fernández, Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal. Y esos clásicos provisorios sufren el constante episodio de las relecturas que van colocando a unos y otros en el centro de los intereses y las polémicas. Con Arlt hubo dos episodios de relectura: uno a principios de los 60, a través de los integrantes de la revista *Contorno*, en especial Oscar Massotta y David Viñas, que lo rescataron del olvido, y otro a fines de los 70, con Ricardo Piglia, que intentaba redefinir el papel de Arlt en la literatura argentina enfrentándolo a Borges.

Cada una de estas relecturas revela ciertas utilidades –si esta palabra no resulta un tanto irritante al hablar de literatura– que suelen tener los clásicos. Por un lado, proponer rumbos tanto estéticos como temáticos, por el otro definir y avalar actitudes de escritores. Líneas estéticas y políticas, para resumir. Los clásicos del siglo XX, como lo son Borges y Arlt, sirven también de banderas, como surge de la lectura de Viñas que elige a Arlt en los sesenta en medio de la polémica entre vanguardia y compromiso o de la de Piglia en su "Homenaje a Roberto Arlt" –que incluye un relato apócrifo, "Luba", atribuido al autor de *Los siete locos*– que lo consagra como el escritor moderno por antonomasia. Sin embargo, el procedimiento del homenaje de Piglia debe mucho a los habituales procedimientos borgeanos: la atribución errónea, la crítica literaria cuyos pasos siguen los de una investigación policial, la reivindicación manifiesta del plagio también entendido como homenaje. Con lo cual esta oposición entre Borges y Arlt, que retoma y amplía Piglia a partir de las lecturas de Massotta, queda imbricada en un punto que merece ser interrogado. Si bien no cabe duda, y el homenaje de Piglia a Arlt es una muestra más de esto, de que la escritura borgeana ha tenido descendencia, que ha sido productiva, es más difícil encontrar un efecto similar a partir de Arlt. Para decirlo de otra manera ¿quiénes son los escritores arltianos después de Arlt? Y el único que aparece en esa línea, más allá de momentos que pueden leerse en Viñas o en Piglia, es el Sabato de *Sobre héroes y tumbas* y en menor medida el de *El túnel*.

Esto no habla ni a favor ni en contra de Arlt, pero dice mucho de su escritura. Arlt no es un escritor político en el sentido en que se puede decir de Borges, aunque las declaraciones de este último puedan convertir esto en un contrasentido. No hay en Arlt, a diferencia de lo que ocurre en Borges, un proyecto literario que implique un uso de la lengua, un método narrativo y una reflexión sobre la literatura y su relación con el mundo, más allá del demasiado repetido y citado a ciegas "cross a la mandíbula" del prólogo de *Los lanzallamas*, que es más una actitud que un programa. Algo que puede verse en las oscilaciones de Arlt sobre el género a utilizar, primero en el interior de *El juguete rabioso* que vacila entre ser una novela picaresca, un relato autobiográfico o un folletín a la usanza del siglo XIX y luego en el abandono de la narrativa a favor del teatro de los últimos años de su vida.

En el contexto de estas cuestiones, y en el momento en que Arlt parece quedar fuera de toda las discusiones, la aparición de *Aguafuertes porteñas: cultura y política*, que recoge escritos que hasta ahora no habían aparecido nunca en libro, es un aporte interesante si se pretende no caer en la trampa arqueológica de leer estos textos como si pertenecieran al pasado y estuvieran definitivamente enterrados junto a las coyunturas que les dieron nacimiento. Astutamente organizados por la compiladora –la investigadora Sylvia Saítta– estas aguafuertes publicadas en el diario *El Mundo* mayoritariamente durante la década del 30 ponen en evidencia dos movimientos arltianos. Por una parte, la incorporación de la realidad a un estilo narrativo, por otra, la reivindicación de aquellas producciones literarias donde desaparece el artificio y predomina "la sinceridad".



Un doble juego que le permite construir toda una serie de tipos en torno de las reacciones frente al golpe militar de 1930 (la estética realista organiza el mundo) y a la vez reivindicar a Charles Chaplin ("Yo creo que el maravilloso arte de Chaplin consiste en continuar siendo hombre en la pantalla") y al teatro de Discépolo sobre la base de que devuelve la imagen de aquello que ya conocemos. En Arlt, que ha merodeado lo fantástico, tanto en sus cuentos como en las obras de teatro, lo real es una preocupación permanente que se hace más manifiesta en las aguafuertes donde se articulan literatura y periodismo. Por eso la constante referencia en esta selección de aguafuertes y también en otras publicadas anteriormente al lenguaje que se usa y que se escribe. El realismo de Roberto Arlt es una operación compleja, porque el mismo ritmo de la producción diaria marca que el interés por la realidad inmediata es insuficiente y poco productivo. Las aguafuertes de Arlt revelan un aspecto de su tiempo que las novelas pretenden conjurar: el aburrimiento. Lo fantástico para salir de allí, pero también la diversificación de lo uniforme y la mirada que pueda llegar a diferenciar entre lo que aparece como repetido.

Si en las novelas y las obras de teatro eran el crimen y la traición aquellas actitudes que podían romper la monotonía del transcurrir del tiempo (Astier, en *El juguete rabioso*, vive en la exasperación de esta búsqueda, un estado de ánimo que convierte a este texto en el más apasionante de los escritos por Arlt), en el ejercicio del periodismo hay que encontrar una mirada que, de alguna manera, traicione la imagen del mundo que transmiten los diarios. Uno de los rasgos de esa mirada es la separación de las aguafuertes del resto del periódico, ya sea por la inclusión permanente de una primera persona activa (el escenario es casi constantemente la calle y su gente a los que se convierte en personajes a través de una muletilla que no cesa de repetirse: "Me interesa"), o bien por el establecimiento de una relación personal con los lectores cuyas cartas son un constante tema de sus columnas. El otro rasgo es inherente al ejercicio del periodismo: hay que escribir siempre. También hay aguafuertes que hablan de esta presión y la vida del periodista es también la aventura de un tipo que debe llenar todos los días una columna.



Doble juego: la literatura es juzgada desde la vida y la vida es comprendida a partir de la ficción. Con lo cual las fronteras no desaparecen como tales pero logran confundirse y cada vez más –la elección del teatro expresionista por sobre la literatura mucho tiene que ver con esto– se entremezclan con esos tipos que están atrapados entre dos riesgos. O bien imponerse como lugar común, con lo que su utilidad literaria se desvanece o sino alejarse definitivamente de toda cercanía con la realidad con lo cual su productividad se resuelve en un solo texto. De allí que Arlt no puede repetirse: los pasos entre novela y novela y de allí a la producción dramática implican siempre un cambio, una experimentación que se vincula con la imagen de esos inventores fracasados que pueblan sus obras. Arlt tiene mucho de ese escritor fracasado al que se desprecia en el cuento que lleva ese nombre y que no escribe por no saber qué rumbo tomar. Arlt no para de escribir pero sigue sin rumbo; vive anunciando proyectos, pero no puede, en definitiva, formular uno. De allí que su literatura esté rodeada de un ruido para el cual el periodismo es una imagen adecuada: la del movimiento perpetuo y dificultoso por hallar la vía que mantenga ese estado de indefinición entre realidad y ficción.

Puede pensarse, entonces, que ese ruido, esa tensión hacen también que la literatura de Arlt, que fue releída cuando esas tensiones y barullos eran un deseo social, esté hoy un tanto abandonada en el lugar de los clásicos con gloria y sin destino. Alguna vez Borges, el supuesto antagonista de esta historia de reivindicaciones y olvidos que es la literatura argentina, dijo que podía saber cómo era una época a partir de los libros que allí se leían. El silencio sobre Arlt dice mucho de algunos otros silencios.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Nada es eterno,* por Sidney Sheldon (Emecé; 17 pesos). Una joven médica es acusada de matar a un paciente terminal y de quedarse con la herencia. El juicio remonta la historia a un pasado donde abundan las ambiciones, asesinos, amantes y traidores.	1	3
2	*Del amor y otros demonios,* por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 15 pesos).	2	20
3	*Las hijas de Sultana,* por Jean P. Sasson (Atlántida, 19,50 pesos).	4	25
4	*Soñar en cubano;* por Cristina García (Espasa Calpe, 16,80 pesos).	3	8
5	*La casa de los espíritus,* por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos).	6	9
6	*Inventario Dos,* por Mario Benedetti (Seix Barral, 18 pesos).	5	12
7	*Pesadilas y alucinaciones,* por Stephen King (Grijalbo, 25 pesos).	10	7
8	*El puño de Dios,* por Frederick Forsyth (Plaza & Janés, 24 pesos). Una terrible arma se encuentra en poder del gobierno iraquí durante la guerra del Golfo y puede decidir el futuro del ejército aliado: la novela imagina y narra desde la planificación estratégica de Saddam Hussein hasta las misiones de los comandos especiales.	8	8
9	*Como agua para chocolate,* por Laura Esquivel (Mondadori, 15,90 pesos).	–	45
10	*El alegato,* por Clifford Irving (Atlantida, 19 pesos). Un abogado pone en juego su carrera para liberar a un muchacho negro, que fue injustamente condenado a muerte por homicidio en un juicio en el que él fue el fiscal.	–	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Don Pedro y la educación,* por René G. Favaloro (Centro Editor Fundación Favaloro, 14 pesos).	2	5
2	*El vacilar de las cosas,* por Juan José Sebreli (Sudamericana, 17 pesos). El autor de *El asedio a la modernidad* hace, en este libro, una síntesis de las indagaciones, interrogaciones e hipótesis planteadas acerca del hombre de hoy y de la fragilidad del mundo que lo contiene.	1	5
3	*Escenas de la vida posmoderna,* por Beatriz Sarlo (Ariel, 13 pesos).	5	9
4	*Detrás del maquillaje,* por Susana Giménez (Errepar, 12 pesos).	3	3
5	*La Revolución del '55,* por Isidoro Ruiz Moreno (Emecé, 24 pesos). En esta segunda parte titulada *Cómo cayó Perón,* el autor describe los acontecimientos de la Revolución Libertadora con la ayuda de testimonios orales y escritos de los principales actores de ambos bandos.	9	2
6	*Breve historia de los argentinos,* por Félix Luna (Planeta, 18 pesos).	4	32
7	*Las guerras del futuro,* por Alvin y Heidi Toffler (Plaza & Janés, 28 pesos).	8	12
8	*La larga agonía de la Argentina peronista,* por Tulio Halperin Donghi (Ariel, 12 pesos).	6	14
9	*Mi madre, Yiya Murano,* por Martín Murano (Planeta, 9 pesos). La historia real de una mujer condenada por el homicidio de tres mujeres contada por el propio hijo de la acusada.	–	1
10	*Chistes de gallegos,* por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos).	–	32

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray-Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica; Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

John Berger: **El sentido de la vista** (Alianza). Reedición de un libro fascinante e inclasificable del narrador y crítico inglés, autor de *G.* y *Un lugar en Europa*, donde reúne poemas, impresiones de viaje, reflexiones sobre el arte y estudios sobre Goya, Modigliani, un texto ya clásico sobre el cubismo y un estudio sobre Maiacovski, entre otras demostraciones de una sensibilidad excepcional.

Sue Grafton: **J de juicio** (Tusquets). Décima novela del ambicioso abecedario del crimen que la otrora guionista de Hollywood iniciara con *A de adulterio*. Esta vez la joven detective Kinsey Millhone investiga la falsa muerte de un hombre bien asegurado sin poder impedir que su propio pasado se involucre en el caso superficialmente fácil.

LANZALLAMAS

Las relaciones peligrosas

La relación entre las librerías y las editoriales no atraviesa su mejor momento. Hay acusaciones encontradas y sólo en una cosa coinciden: las ventas ya no son lo que eran. El gerente de una conocida librería que no padece la crisis sugiere que la situación económica funcionó como disparadora: "Las ventas bajaron y en este momento todo comercio tiene una presión fiscal muy fuerte. Aumentaron muchísimo los gastos fijos y las ventas descendieron o se estancaron. Por otra parte, los sellos no están encontrando éxitos y una buena parte de las librerías vive de los éxitos editoriales".

Pero para algunos libreros es innegable que existe una tensa relación entre los que venden y los que publican. Y ellos, argumentan, no son los culpables: les parece que las editoriales no comprenden el momento económico por el que pasa la Argentina y siguen funcionando con una política más acorde con tiempos pasados. "Las editoriales están muy rígidas en su planteo comercial. No modifican el descuento ni el plazo, entonces las posibilidades de ventas se achican. Además, siguen cotizando los libros con la misma lógica con que lo hacían en la época de la inflación y lo venden como en épocas de estabilidad", se queja otro librero. Su versión no concuerda, claro, con la de los editores: "Las librerías nos tiran el problema –contesta el gerente de uno de los sellos más importantes–. Porque la primera respuesta a la crisis es pedir más descuento y más plazo. Es cierto que si las editoriales no cobran se ponen pesadas, reclaman pagos y la única forma es bloquear cuentas: no les mandás libros".

Los libreros llegaron tarde a los cambios que se están produciendo en el mercado, argumentan sus proveedores, y están pagando los costos. "El caso de Fausto es ejemplar –sigue el editor–: tuvo que cerrar dos librerías y despedir a mucha gente porque su política comercial no se adaptó a los cambios. De todas formas ahora está saliendo, se le refinanció tipo Fondo Monetario. Otras librerías, como Expolibro, no tomaron las medidas, dejaron un tendal impago y están por cerrar".

B.E.M.

Carnets///

RAY MONK

Ludwig Wittgenstein

ANAGRAMA
Biblioteca de la memoria

BIOGRAFIA

El buscador de la verdad

LUDWIG WITTGENSTEIN, por Ray Monk. Anagrama, 1994, 550 páginas.

Tanto la vida como la obra del octavo y último hijo de una de las familias más ricas de la Viena de los Habsburgo, nacido un 26 de abril de 1889, dejaron en el pensamiento y el arte contemporáneos una marca indeleble. Ese hombre, Ludwig Josef Johann Wittgenstein, sería el personaje revalorizado con similar éxtasis por poetas, pintores, músicos, narradores, psicoanalistas y filósofos. De este modo, se publicaron infinitas series de remembranzas, recuerdos, conversaciones, reportajes y charlas con Wittgenstein. Tanto reales como falsas, quizás interpretando erróneamente uno de sus más conocidos conceptos: "¿Por qué debería uno decir la verdad si puede serle beneficioso decir una mentira?".

El trabajo de Ray Monk, doctorado en las universidades de York y Oxford por su tesis sobre la filosofía de las matemáticas de Wittgenstein, logra aunar los dos aspectos del filósofo vienés. Este estudio, culminado en 1990, recibió el premio John Llewellyn Rhys y el Duff Cooper, máximos galardones que se otorgan a obras biográficas.

Manuel Cruz, catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona, caracterizó en el estudio preliminar a la *Conferencia sobre ética* (Paidós, Colección Pensamiento Contemporáneo, 1989) la importancia de un filósofo según la capacidad de producir un corte en la historia de la filosofía. Es decir, "cuando la filosofía que se hace después de él ya no puede ser igual a la que se hacía antes". Wittgenstein es, sin lugar a dudas, uno de esos ejemplos. Pero, de una manera adicional, promovió no uno, sino dos quiebres. El primero, al afirmar que todos los problemas filosóficos podían resolverse, finalmente, mostrando la estructura definida por cada usuario del lenguaje. Este enunciado, presente en el *Tractatus LogicoPhilosophicus*, lo coloca como continuador de Schopenhauer, en el sentido del mundo como un todo limitado. El segundo, reelaboración radical de su pensamiento anterior, quedaría plasmado en un libro que sólo se publicaría después de su muerte ocurrida el 29 de abril de 1951. En sus *Investigaciones filosóficas*, un Wittgenstein volcado al pragmatismo da cuenta de las oraciones (y las palabras que las conforman) como meros instrumentos del sujeto.



"Llámenme un buscador de la verdad y me quedaré satisfecho", escribió Wittgenstein en carta a su hermana. Y ese parece ser el leit motiv de Ray Monk para este trabajo sólidamente documentado. Desde la infancia, en la que atravesó ese "laboratorio de investigación para la destrucción del mundo", como definiera Karl Kraus a la Viena del 900, hasta sus últimos días en Cambridge, el universo Wittgenstein desarrollado por Monk es un muestrario de los importantes acontecimientos (y de los cambios que producían sobre el pensamiento) ocurridos en la primera mitad del siglo XX.

Adolf Hitler, compañero de escuela del joven Ludwig; Bertrand Russell, primero maestro y luego discípulo del pensador; Gottlob Frege, con quien mantuviera una copiosa correspondencia durante la Primera Guerra Mundial; Sigmund Freud y la influencia de la interpretación de los sueños; James George Frazer y las observaciones de Wittgenstein sobre *La Rama Dorada*; sus estudios sobre *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski; los ataques a las "proposiciones de sentido común" de su anterior amigo G. E. Moore; todo el ambiente mundial hasta 1950 está representando en la figura del filósofo neopositivista vienés.

Todo, hasta la angustia apocalíptica que lo llevó en 1945, cercano ya el fin de la Segunda Guerra Mundial, a considerar la idea de una nueva guerra que pusiera un punto final a tanto despropósito como veía. "Quizá cualquier especulación acerca de un inminente hundimiento de la ciencia y la industria sea, en el presente y en un futuro a largo plazo, un merosueño; quizá la ciencia y la industria, habiendo provocado infinitas calamidades en el proceso, unirán al mundo condensándolo en una sola unidad, en la que la paz será lo último que encontraremos. Pues la ciencia y la industria deciden las guerras, o eso parece."

MIGUEL RUSSO

ENSAYO

Qué ves cuando me ves

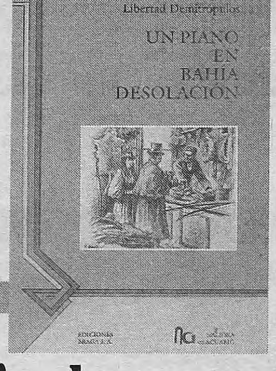
IMAGEN Y CONOCIMIENTO, por Horace Barlow, Colin Blakemore y Miranda Weston Smith (editores). Crítica, 1994, 272 páginas.

Este volumen, que recopila varias de las ponencias presentadas por neurólogos, comunicólogos, psicólogos y críticos de arte a un simposio sobre la cuestión de la percepción de las imágenes, celebrado en Londres en 1986 y organizado por la Rank Prize Funds (fundada por Arthur Rank, el célebre creador del sello cinematográfico inglés que lleva su nombre), es una buena muestra del estado de los estudios sobre un tema que suele pasar desapercibido.

En efecto, tal como se plantea en la introducción escrita por los editores, "la forma en que vemos las cosas es algo problemático". Pero al estudiarse el proceso tanto físico como mental por el cual se reciben y se producen imágenes, los distintos abordajes demuestran grados de avance bastante diferenciados. Por una parte, los trabajos que apuntan desde el sector científico a indagar en la mecánica del aparato visual y del cerebro en la recepción de las imágenes y su procesamiento muestran un grado de avance importante y pueden establecer con claridad los puntos ciegos, las polémicas y los rumbos necesarios en la investigación. Esto sumado a un sistema expositivo claro y no simplificador, que permite que los lectores no familiarizados con el tema puedan recibir un panorama a la vez atractivo y accesible.

Los siete primeros artículos de esta compilación, que abordan la explicación del sistema de la corteza cerebral, los modos de visión en los animales, el problema de la percepción del color, el modo de diseño de aparato de la visión y una excelente puesta al día de los debates en torno del tema a cargo de Richard Gregory constituyen la parte más interesante de este libro con que la editorial Crítica inaugura su colección Drakontos, dedicada a textos que requieran una edición de mayor calidad.

A partir de la intervención de psicólogos cognitivos y de críticos de arte, el tema se sumerge en una nebulosa donde predominan la confusión, los estudios parciales y los apuntes, que si bien pueden revestir en algunos casos cierto interés –como el dedicado al estudio de las imágenes cinematográficas presentado por Jonathan Miller–, parecen estar demostrando la existencia de un callejón sin salida. En ese sentido resulta duramente decepcionante el trabajo presentado por Ernest



FICCION

Paisaje con marginales

UN PIANO EN BAHIA DESOLACION, por Libertad Demitrópulos. Ediciones Braga, 1994, 220 páginas.

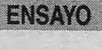
Un piano en Bahía Desolación es la quinta novela de Libertad Demitrópulos, escritora jujeña radicada en Buenos Aires. Una fórmula narrativa reúne a esta novela con las anteriores: la delimitación de un tiempo y un espacio nacionales, el trabajo con datos históricos, la estructura del viaje, la apelación a un repertorio de voces que expanden y desgranan la historia central. En *Un piano en Bahía Desolación* las historias transcurren a fin del siglo pasado en la zona más austral del mundo: Punta Arenas, Tierra del Fuego, los canales, las islas. Epoca de tratados entre chilenos y argentinos, tierra de fronteras mal dirimidas que dan lugar a otras demarcaciones inestables: sexuales, de clase, culturales.

La novela, estructurada en tres partes, despliega una cantidad de personajes, voces y puntos de vista. Aquí reside su mayor eficacia y su límite, ya que la multiplicidad de historias por momentos dispersa el relato e impide el establecimiento de una o varias voces consistentes. En *Río de las congojas*, su novela más importante, únicamente tres narradores estaban comprometidos en la interpretación de la historia. Los fragmentos y las voces se sucedían apostando a un tono y a una versión sólida y soberana en sus diferencias.

Mundo de tabernas y burdeles, de indios y blancos, de loberos y contrabandistas, de extranjeros corruptos, de pactos peligrosos: la violencia instalada en las relaciones. La pelea por una mujer es en realidad una vieja contienda entre hombres. Punto fuerte también en toda la narrativa de Demitrópulos, las mujeres asumen espacios marcados simultáneamente por el sometimiento y la resistencia: las indias que eligen compañeros sexuales sin ataduras, la inglesa que es traída a estas tierras con la promesa de un buen matrimonio y es vendida a maridos salvajes o lanzada a la prostitución. Entre todas ellas sobresale la "monjita de avanzada", quien de noche se transforma en una prostituta codiciada y magnífica y así consigue, a partir de un pacto de terror y silencio, que los hombres no confiesen el tipo de contacto nocturno que tuvieron con ella. Espléndida pero sin voz, se desvanece narrativamente y en su lugar se privilegian las relaciones confusas de los hombres de mar.

Libertad Demitrópulos apuesta nuevamente a la construcción de voces marginales, personajes a contrapelo de leyes y decreto en zonas francas, abiertas como Punta Arenas, donde el Estado y las instituciones se evaporan. En esas periferias abandonadas la escritora encuentra su fuerza narrativa.

NORA DOMINGUEZ



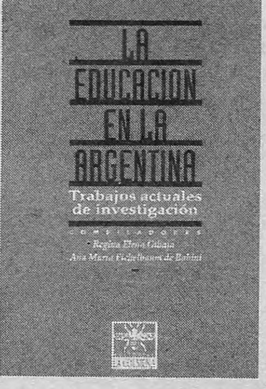
ENSAYO

La escuela bajo la lupa

LA EDUCACION EN LA ARGENTINA, TRABAJOS ACTUALES DE INVESTIGACION, por Regina Gibaja y Ana María Eichelbaum de Babini. La Colmena, 1994, 204 páginas.

Esta compilación realizada por dos reconocidas docentes de la carrera de Ciencias de la Educación de la UBA, Regina Gibaja y Ana María Eichelbaum, *La educación en la Argentina, trabajos actuales de investigación* tiene la virtud evidente de un título claro, ya que contiene una serie de trabajos cuantitativos realizados por investigadores de la misma facultad, en los que se analizan algunos problemas claves de la enseñanza escolar y universitaria.

Los seis proyectos fueron clasificados en tres áreas: la macrosociología de la educación, la microsociología de la escuela y los procesos de aprendizaje. Se refieren a investigaciones sobre la relación de los procesos educativos con el contexto social, a los estudios sobre la estructura social y distribución de roles en la escuela y finalmente al análisis de los procesos de enseñanza-aprendizaje en sí mismos.



Entre los informes incluidos en este volumen se destaca el trabajo de la economista Ruth Sautu titulado sugestivamente "¿Conviene estudiar?", donde se analiza los requisitos educativos y las retribuciones de un conjunto de ocupaciones de clase media y media alta con datos tomados en el área metropolitana entre 1992 y 1993. Luego de una fase descriptiva, en la que compara los datos actuales con los efectuados por Gino Germani treinta años antes, Sautu trata de abordar un tema complejo: la relación entre el nivel educativo y las expectativas de ascenso social.

En el área de la microsociología de la escuela, Regina Gibaja analiza las respuestas de una muestra de maestras a un cuestionario en el que la investigadora se propuso conocer sus actitudes y expectativas. Luego trabaja los datos para acercarse a una descripción del rol docente y el interés de las maestras en el carácter profesional de su ocupación.

La investigadora María Cristina Rinaudo aborda luego el problema de la lectura en la universidad. La investigación, realizada en la Universidad Nacional de Río Cuarto, concluye que, al menos, es posible implementar en los cursos superiores técnicas que estimulen el proceso de comprensión de textos y el estudio entre los alumnos. No todo está perdido.

RUBEN LEVENBERG

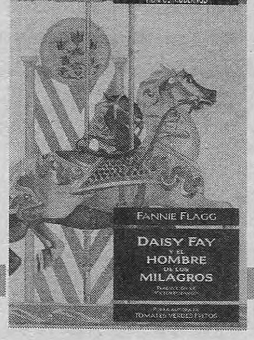


Gombrich, que si bien es una enorme muestra de erudición, escrita con su gracia habitual, no contiene nada de la lucidez que es marca de sus libros.

Quizás esta diferencia entre los dos bloques del libro sea un síntoma del rumbo que está tomando la especialización en el terreno de las llamadas humanidades y que parece conducir a una cierta banalización de los espacios acotados, mientras que el encierro en el que estuvo sumida la ciencia dura durante tanto tiempo parece estar empezando a dar sus frutos, en la medida en que ha dado lugar a una reflexión sobre su propio lenguaje que le permite ir encontrando, progresivamente, la forma de transmitir sus hallazgos y descubrimientos.

Imagen y conocimiento es la posibilidad de alcanzar ciertas zonas del trabajo científico generalmente poco accesibles y una muestra cabal de los rumbos que toma la investigación en temas humanos, en los que la propia manera de encararlos marca sus posibilidades y límites.

M.M.



FICCION

Novela verde frita

DAISY FAY Y EL HOMBRE DE LOS MILAGROS, por Fanny Flagg. Ediciones B, 1994, 430 páginas.

En 1952 millones de americanos se sentían redimidos ante la vida sólo con la posibilidad de sentarse ante una enorme pantalla cuadrada por la que aparecían en el living de sus casas Red Skelton o el cazador de talentos Arthur Godfrey. Por no hablar de ese huracán pelirrojo que se llamó Lucille Ball, que con su show "I Love Lucy" se convertiría en una suerte de sacerdotisa del genuino humor americano. Así estaban las cosas en 1952. Pero no todos tenían TV.

Daisy Fay Harper era por entonces una niña de once años que vivía en un alejado pueblo de Misisipí. Daisy no miraba a Red Skelton ni a Lucy, pero tampoco hacía falta. Si bien la pequeña Daisy era una entusiasta de los radioteatros y de las series semanales que su padre proyectaba en el cine del pueblo (sobre todo de *Roy Rogers, El Avispón Verde* y en particular *Nyoka, la niña de la selva*), no necesitaba de ellos para recrear un mundo propio. Para eso tenía a sus tíos, la abuela Pettibone, sus vecinos y muy fundamentalmente a su padre, con quien compartía la pasión por el béisbol y la aventura. El día que cumplió los once, a Daisy le regalaron un diario que comienza a llenar con la intensa historia de su vida, desde 1952 hasta el 3 de setiembre de 1959.

Daisy Fay Harper (llamada Little Fay) no es otra que el alter ego de Fannie Flagg, una prestigiosa escritora americana que consiguió buena parte de su fama gracias a la televisión (participó en más de quinientos proyectos en ese medio, entre otros, "El crucero del amor") y el cine, sobre todo a partir del éxito conseguido como guionista de *Tomates verdes fritos*.

En esta suerte de novela/diario autobiográfico se hace manifiesto el fluido manejo que Fannie Flagg tiene del lenguaje televisivo. Cada día se propone como una serie ininterrumpida de gags que, a su vez, se van articulando como un capítulo semanal. No puede decirse que fracase en el intento: hasta la mitad de este extenso libro se suceden delirantes episodios que, aislados, podrían constituir en sí mismos temas independientes de otro libro. El problema es que la repetición del recurso satura el efecto y poco a poco la carcajada se convierte en sonrisa y la sonrisa se petrifica.

La gran cantidad de personajes que se presentan están delineados con agudeza, y en semejante catarata algunos salen más favorecidos que otros. Resulta afortunado el rol del padre, "el hombre de los milagros", que mantiene con su hija un vínculo simbiótico que habría sido interesante analizar más allá de las anécdotas circunstanciales. Con seguridad, los entusiastas del complejo de Electra tienen material de sobra para sacar sus propias conclusiones. Por otra parte, Daisy resulta una niña simpática a quien en más de una oportunidad el lector sospecha de auténtica "enana" jugando a ser la nena de papá.

El lenguaje televisivo domina enormes áreas en las praderas de la narrativa actual, pero sería bueno remarcar que la impresión visual del discurso de la TV es propio de su medio en tanto que la literatura sigue otros carriles. Así, sería hasta ridículo anteponer el "sur profundo" que propone Fannie Flagg al Yoknapattawa de Faulkner, por ejemplo.

CHRISTIAN KUPCHIK



Régis Debray, de la teoría del foco al asesoramiento de François Mitterrand.

LA IMAGEN Y LA NADA

EL ULTIMO LIBRO DE REGIS DEBRAY

De la guerrilla en los 60 al círculo íntimo de François Mitterrand en los 80, Régis Debray fue uno de los intelectuales que recorrió en carne propia la transformación de las estrategias políticas en los últimos decenios. Autor de ficción y ensayo, vuelve a este género en su último libro, "Vida y muerte de la imagen", en el que se propone trazar una historia de Occidente, desde las pinturas en las cavernas hasta la pantalla de la computadora, para desmitificar la llamada "era de las imágenes".

MIGUEL BRIANTE

La editorial Paidós viene de publicar la traducción de *Vida y muerte de la imagen (Historia de la mirada en Occidente)*, de Régis Debray, un libro editado por primera vez en 1992 por Gallimard, en Francia. Un caso curioso: en todo el tomo, de 317 páginas, se elude mentar la lista de libros anteriores escritos por el autor y, algo todavía más extraño en estos tiempos de estrategias de venta, no se menciona ni el pasado ni el presente de Régis Debray. Es como si se quisiera remarcar que éste es un libro específico, tan específico que nada tiene que ver con el intelectual que, de joven, se embarcó –entre aventurero y militante– en la guerrilla sudamericana, junto al Che Guevara, y llegó a ser considerado como "el autor de la teoría del foco" que proyectaría la Revolución Cubana a toda Latinoamérica. Tampoco aparecen referencias a la actuación posterior de Régis Debray, ni siquiera a su notoria participación en la política francesa de los últimos años desde su cargo de consejero diplomático del presidente François Mitterrand (y miembro del Consejo de Estado).

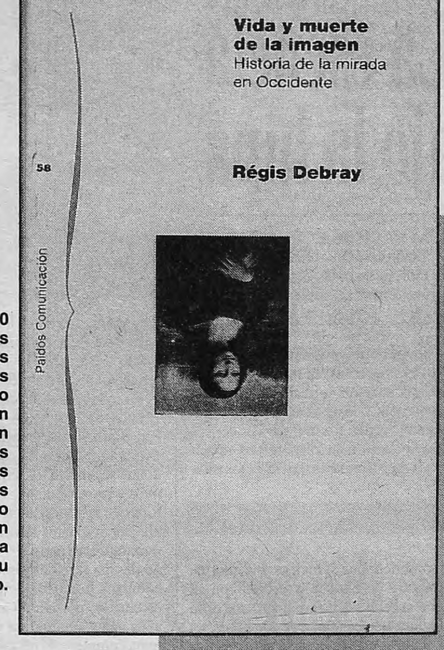
Esa precaución parece baladí. Por lo menos dos libros de Régis Debray, hombre cambiante con la época, tuvieron eco a su tiempo. El primero, militante, explosivo, fue *Revolución en la revolución*, publicado en 1966; muchos acusan a Debray, por ese texto, de "haber llevado a la muerte a muchos jóvenes que creyeron en el triunfo de la revolución. El segundo de esos libros, *Las máscaras*, fue publicado en 1988, cuando su autor ya estaba en funciones en el gobierno francés. El declarado propósito de ese texto, según Debray, era quitarse en público, una por una, todas las máscaras con las que se había cubierto a lo largo de su vida. Esa especie de striptease compulsivo lo dejó más solo que nunca. La izquierda tradicional lo acusó de estar justificando su paso a las filas de un socialismo que viraba rápidamente al capitalismo y el sistema del poder constituido lo derrumbó con alegría. "La abundancia actual de escritos íntimos nos ha acostumbrado a la autoflagelación, inseparable del género. Aquí, todos los records fueron batidos", escribió el crítico de *Le Monde*.

Ante esa tormenta de críticas, Régis Debray –en un reportaje que fue publicado por *Página/12* en mayo de 1988– contestaba: "Ha habido, me parece, tantos elogios como críticas. Naturalmente, más elogios de parte de los amantes de la literatura y más críticas de parte de los políticos arcaicos, de los seudopolíticos". Decía, también, hablando del libro: "... lo que yo hago es concluir con una serie de interrogantes. Me interrogo a mí mismo y a los demás; no saco conclusiones, como suelen hacer los militantes".

La literatura y los interrogantes vienen a ser, no casualmente, los andamiajes de *Vida y muerte de la imagen*. Debray, inclinado ahora sobre los fenómenos de la comunicación –que ha visto mucho más de cerca en sus años de consejero de Mitterrand–, utiliza en el libro esa libertad de la literatura para mezclar la sospecha con la certeza, el ataque frontal con la ironía.

Debray traza una historia de la imagen en Occidente desde las profundidades de las cavernas primitivas hasta el voraz presente de la televisión y la computadora. Recuerda con toda precisión el origen primero mágico y después religioso de la imagen, la sigue en sus momentos de derrota y de gloria, en su lucha con la palabra, en su utilización como instrumento de los poderes. En su primer ataque frontal dice, contra de los semiólogos de cualquier cosa, que la imagen no puede ser tratada con las mismas categorías del lenguaje, que es articulado. Ya metido de cabeza en el tema del arte, cuya historia conoce muy bien, escribe: "¿Qué artista plástico no se precia o, mejor dicho, no es apreciado pos su exegetas, de `formar sintagmas visuales' e inventar `un lenguaje plástico' que exige `una lectura rigurosa'? Ciertamente, cuanto menos se impone la imagen por sus propios medios, tanto mayor es su necesidad de intérpretes que la hagan hablar". Antes ha dicho, pasando de la historia a un brusco presente: "Tal es en la actualidad el prestigio del signo, en efecto, que todas las imágenes quieren serlo. Ni dignidad, ni redención, ni elevación para el que quiere dar a ver, artista, videasta o saltimbanqui, si no articula, al menos, *significantes*, una *escritura*, una *gramática*". Y al explicarlo, postula una decadencia: "La crítica de arte nunca ha hablado tanto de vocabulario, de gramática, de sintaxis, de código, de escritura, etcétera, como desde el momento en el que estas palabras comodín perdieron todo sentido asignable. Cuando, con la desaparición de los repertorios míticos precisamente localizables y codificados de nuestro imaginario colectivo, la imagen pintada completó su paso de lo motivado a lo arbitrario (en el sentido que el lingüista da a estos términos), se puso de manifiesto la necesidad de organizar lo arbitrario figurativo de acuerdo con el modelo de lo arbitrario lingüístico".

A esa primera desmitificación y todavía en el terreno del arte, Debray agrega una separación tajante. "Por obtuso que sea, un mediólogo no ignora que `una obra de arte no debe ser descrita ni explicada de acuerdo con las categorías de la comunicación', como recuerda Adorno". El recuerdo viene bien, en momentos en que los nuevos artistas visuales encaran con un fervor, digno muchas veces de mejor causa, la construcción de obras, efímeras o no, a partir de los nuevos medios audiovisuales, creyendo que con eso juntan, por fin, en un nuevo "lenguaje" las dos orillas de la zanja cavadas en el terreno del arte primero por Duchamp y luego por el arte conceptual. Ocurre que generalmente confunden el soporte con la idea, y la pelea forma-sentido, que no está abolida –como bien se encargan de recordar los interrogantes de Debray, que vuelve con el tema del huevo y la gallina en ese asunto de si la imagen es anterior a la idea o al revés–, se diluye en esa nada general del océano de imágenes que inunda el planeta Tierra. "La obra de arte no hace nada con un mensaje –dice Debray–, pero sin mito parece extenuarse."



"En 1960 dos personas cultas hablan de lo que han *leído*; en 1990, esas mismas personas hablan de lo que han *visto*", anota Debray en su último libro.

Aunque Debray, en sus recurrencias permanentes, parece anclar en el arte su nostalgia de "una trascendencia de las formas", es la imagen como producto y a la vez metáfora de lo social, de lo político, de lo económico, la presa de su cacería. La imagen más allá del arte. "La evolución conjunta de las técnicas y de las creencias nos va a conducir a señalar tres momentos de la historia de lo visible: la mirada mágica, la mirada estética y, por último, la mirada económica. La primera suscitó el ídolo; la segunda el arte; la tercera lo visual." En esta época de la videoesfera –en que la imagen es una percepción, después de haber sido una cosa y antes un ser en el que se manifestaba el eco de Dios–, arte, logo, marca, museo, mercado, aviso publicitario, lo público y lo privado, lo político, todo, aparece como una competencia económica. Y la imagen –territorio donde se da la lucha– gana. "En 1960 –anota Debray–, dos personas `cultas' que van a cenar hablan de lo que han *leído*; en 1990, esas mismas personas hablan de lo que han *visto*." Sospecha, entonces, que se ha sustituido –ahora que se dice que las jóvenes generaciones están libres de todo adoctrinamiento– un catecismo por otro. "A saber: los dogmas y prejuicios del texto impreso por los de la imagen de video."

En el comienzo –ha recordado un Debray casi místico– la imagen era una manifestación de lo invisible. Ahora, "la desaparición de lo Invisible es un hecho apabullante, que desgraciadamente los medios de reproducción de lo visible hacen invisible". Debray constata que ahora todo es simultáneo: el mundo y el sujeto que lo percibe. Una simple pregunta al próximo milenio: "¿Cómo puede haber un *aquí* sin un *allí*, un *ahora* sin un *ayer* y un *mañana*, un *siempre*, sin un *nunca*...?".

Y en la última línea del libro, el antiguo militante marxista leninista, peleando para que la imagen vuelva a tener sentido, apuesta a lo Invisible.